

**D**ON Carlos:  
Estoy seguro  
que el "lumen  
gloriae" de que aho-

ra usted estará gozando, es como un arco voltaico o un foco de cine, pero con la trascendente peculiaridad de que no sólo iluminará la realidad circundante a la que presta su luz, si no que en ella misma, en la propia luz, en la esencia de Dios en definitiva, se verán de un modo unificado y conjunto, lo pasado, lo presente y lo venidero, hecho todo actualidad.

Por eso yo no tengo que recordarle, porque usted lo tendrá delante, porque para usted ya no hay recuerdo, sino presencia, aquella larga conversación, saboreada y reída—porque en usted era casi "juerga" y picardía todo lo que no era Medicina—que tuvimos en las afueras de Madrid, en el restaurante de Burrunchaga, comiendo todos aquellos platos vascos y enérgicos que usted prohibía a sus pacientes. Paladeando usted el bacalao como pecado venial y las cocochas como aventura y vulneración del orden.

Convenía usted conmigo en que las relaciones humanas han sido clasificadas por los mismos hombres con mucha cicatería y falta de imaginación. Sobre las cuadrículas o aparcamientos clásicos—padres e hijos, esposos, hermanos, amigos—existe toda una gama de matices en la relación y sociabilidad humana que requeriría atención especial. Así la relación autor y actor o actriz que ha encarnado un papel de su creación: relación que implica una ligazón especial, tejida con hilos de amistad y urdimbres entre matrimoniales y paternos. Así también la relación médico-paciente: relación que desde que la Medicina considera que su sujeto es el hombre entero, con toda su plenitud psicossomática, se compone, como una dosificada receta, de tanto de ciencia y tanto de humanismo; de química, exploración, adivinación, simpatía. Una relación casi preteológica en que el enfermo tiene que poner fe y esperanza en la misma medida en que el médico pone caridad.

Yo he sido—usted lo sabe—un paciente ideal, dispuesto a creerlo todo y en todo confiar. Usted se regocijaba mucho de mi cajita policroma de comprimidos, y de aquel error que por mi afán de hurgarlo todo en el arsenal medicinerio, hizo que, por una confusión de tarro, me estuviera un mes tomando "ovarina", a Dios gracias, sin perceptible efecto. También se enfadaba usted de que yo leyera los prospectos de los específicos: porque usted tenía un concepto muy serio y trascendente de la ciencia que cultivaba con tan hercúleo esfuerzo, y le parecía abusiva esta especie de sublevación del laicado, por la que el enfermo ha empezado a recetarse a sí mismo o a disertar apoyándose en la ciencia mediocre y publicitaria de la literatura farmacéutica. ¡"Ya se ha leído usted el pros-

## A DON CARLOS JIMENEZ DIAZ

pecto"!, me decía, casi irritado, cuando yo le hablaba de fibras lisas o de movimientos extrarimadales. Todo lo cual a mí me parece como una dulce pedantería curativa: y le aseguraba que hay prospectos de somníferos que lo duermen a uno antes que el comprimido.

Porque la realidad es que usted era todo lo contrario de un escéptico de su ciencia. Usted la guardaba, la acariciaba, la creía: y si no le gustaba a usted que el no iniciado invadiera el vedado, era porque usted lo concebía como tesoro. Al fin y al cabo, desde la alquimia a la oración, la idea de misterio estuvo tradicionalmente unida a la de laboratorio o tabernáculo.

Conveníamos en que una de las más irritantes injusticias que suele cometer el vulgo actual es la de desdeñar la Medicina o sus técnicos: cuando la verdad es que pocas cosas han progresado tanto como esta ciencia. Recordábamos que en la Historia, las reinas, que debían ser las que mejor cuidado tuvieran, se morían a racimos de parto o puerperio, de modo que Felipe II o Fernando VII necesitaban de tres o cuatro esposas para atender a sus obligaciones genealógicas y dinásticas. El mismo cáncer—me decía usted—, que parece tan espectacularmente aumentado, es porque lo que ha aumentado es su clientela; puesto que acaba por matar a muchos que llegan a él precisamente porque se salvaron de la pulmonía o la tuberculosis que tuvieron en los años anteriores. Ha habido que inventar el automóvil, la moto y el atropello, para facilitarle a la Providencia la tarea del aparcamiento en el planeta y del "antes de entrar, dejen salir".

Pero esta misma entregada fe a su ciencia requería una descarga constante de maravilloso humanismo para no caer en dureza técnica o algebraica desecación. Como no tenía usted casi tiempo de ser hombre, cuando lograba una mínima vacación, aceleraba usted su humanismo y se acercaba cuanto podía al

niño. Recuerdo cuando pasó usted por Cádiz para embarcarse a América. Estuvo en su camarote Aurelio Sellé cantándole "alegrías" y "mirabrases". Usted se escapó un momento y volvió vestido de marinero, con un uniforme que le había pedido a uno de los del barco, y se sentó en el suelo para escuchar el canto. Era su modo de vacar aceleradamente de la ciencia: añiarse, derramarse en libertad imaginativa. Así tocaba usted también el piano, o pintaba, o se guía, en su palco, el "Tristán" de Wagner, con la partitura en la mano. Era su modo de ser pícaro o irregular; casi su modo de ser malo para no empalagarse de bondad absoluta.

La última vez que vino usted a Cádiz le acompañaba Domingo Ortega: esc gran descanso vital de los intelectuales españoles. Recuerdo que después de visitar el museo, bajaba usted las escaleras con cierta dificultad, porque convalecía usted de aquel terrible accidente de tráfico, tras el que fue usted el cliente más grave que nunca entró en la clínica de la Concepción. Yo traté de tomarle el brazo y ayudarle. Domingo me hizo, por la espalda, una seña para que le dejara. La misma seña de cuando en la plaza decía "dejarme solo". Sabía que usted no quería que los peones le hicieran la faena. Porque eso fue su vida toda: una faena con pases apretadísimo, y, de cuando en cuando, algún adorno de humanismo. Sino que su humanismo, para ser total, convincente y cristiano, lo irradiaba usted desde un núcleo gozosamente matrimonial. Cuando estuvo en su clínica, rodeado de todo su equipo, gozaba usted contemplando la eficiencia de su obra en aquella cuadrilla de luchadores contra la muerte. Pero también, un día, cuando la tensión se le había ido casi a cero, sus peones hicieron entrar a Conchita, su mujer. Ella dijo "Carlos" como ella lo decía, con un valor terapéutico y místico. Y la tensión le subió de golpe y no volvió a hundirse. También hace milagros el amor con a minúscula.

Don Carlos: yo sé que usted continúa viviendo en su equipo, en su obra. Sé que siempre tendré a quién preguntarle las cosas redondamente técnicas y científicas. ¿Pero a quién le pregunto yo las tonterías, las aprensiones; las exigencias de esta vida agotadora y a contra mano que ahora llevamos todos? Yo soy uno de tantos españoles de los que han empezado a morir un poco cuando a usted se le paró el corazón en el centro de este mes de mayo. Descanse en paz: aunque no sé del todo si descansar, o seguir trabajando, de otro modo, como auxilio y patronazgo amoroso, será su manera de beatitud eterna.

José María PEMAN

De la Real Academia Española

**ZAPATOS  
Y BOLSOS**



TONALIDADES  
SUAVES DE  
MUCHA  
ACTUALIDAD

**GELTRA**